

Sus vasallos le juraron; pero con el nombre español de Pedro, que habia recibido al ser bautizado.

Pedro Motezuma fué el jefe de la ilustre familia de este apellido, que aun hoy tiene descendientes en España.

---

## Capítulo VIII.

---

Donde los lectores presenciaron una escena que tuvo lugar entre Guatimozin y Cortés

Dos dias habian pasado desde los sucesos que acabamos de referir, y Guatimozin, que desde su prision oia los alegres ecos de los mejicanos que asistian á aquella solemnidad, sintió renovarse en su alma los acerbos dolores que le devoraban, amortiguados algun tanto por el peso de su desesperada situacion.

Pidió con insistencia á sus guardianes que comunicasen á Cortés que tenia deseos de celebrar con él una entrevista, y el ilustre caudillo se apresuró á complacerle.

—Me han dicho que querías verme, y he venido á informarme de vuestros deseos.

—Os doy gracias, señor, por la señalada merced que me otorgais, y vuestra infinita bondad me



hace esperar que me concedereis un favor que voy á pedir.

—Hablad.

—Ya sé la triste suerte que me espera; los dioses, irritados contra mí, me hacen expiar de una manera cruel todas mis culpas, y antes de que se acerque el fin de mis dias, quisiera al ménos saber que no ha quedado impune el delito que cometió un infame en la persona de mi esposa Guacalcinla.

—Explicaos.

—No sé si sabreis que antes de ponerme al frente de mi ejército para emprender la guerra contra vuestras valerosas huestes, dejé en Tacuba á mi esposa y á mi querido hijo.

Pocos dias antes de la pérdida completa de mi imperio, recibí un aviso anunciándome que la salud de mi hijo peligraba.

Me dirigí á Tacuba, y no os molestaré refiriéndoos las peripecias que aplazaron mi llegada. Básteos saber que al penetrar en mi palacio le hallé desierto. Pregunté, y he sabido que uno de vuestros soldados entró allí una noche, asesinó á mis fieles servidores, se apoderó de mi esposa y de mi hijo, y huyó con ellos á un bosque. No me importa morir; lo que siento es no poder vengarme del infame seductor, que habrá profanado á mi virtuosa Guacalcinla, que tal vez, si ha creído que podría ser un obstáculo á su criminal pasion, habrá derramado la sangre de mi inocente hijo.

—Estad tranquilo respecto de ese particular. Yo os

prometo que, ó poco he de poder, ó antes de tres dias ha de estar en mi poder el culpable. Será juzgado, y para que se cumpla la sentencia que se le imponga será inexorable.

—Inmensa será mi gratitud.

—Ahora voy á retirarme para disponer lo necesario para la captura del criminal.

—Id en buen hora.

Hernan Cortés se retiró.

Guatimozin quedó más tranquilo, no sólo por que comprendia que se castigaria al seductor de su esposa, sino por que confiaba en volver á estrechar á esta en sus amantes brazos.

El caudillo de los españoles envió un destacamento á Tacuba.

Los que le formaban tomaron allí informes del sitio hácia el que se habia dirigido Juan de Villafranca, y penetrando en el bosque, al cabo de dos dias de exploracion, lograron ver al soldado desertor, que volvia con provisiones.

Al acercarse á su guarida cayeron sobre él, y una vez en su poder, le ataron para que no se escapase.

Penetraron en la cueva, y un horrible espectáculo se presentó á su vista.

La hermosa Guacalcinla se hallaba en un estado lamentable.

Su rostro estaba demacrado, y en sus mejillas se veian aún las huellas de dolorosas lágrimas.

Todo su cuerpo estaba lleno de cardenales, lo que



indicaba que se habia resistido tenazmente á la brutal pasion de su seductor.

A su lado se hallaba su hijo, desfallecido tambien, que al ver entrar á los españoles corrió á ampararse en el regazo de su madre.

La infeliz exclamó con espanto:

—Matadme si quereis; pero compadeceos de mi desgraciado hijo.

—Nada teneis que temer; venimos á salvaros de las garras de vuestro tirano seductor.

—¡Oh! ¡No me engaÑeis! ¡Tambien él me decia palabras de consuelo, y despues me ha maltratado villanamente.

—Repito,—exclamó el que capitaneaba aquellas fuerzas,—que venimos á salvaros; y para que os convenzais de la sinceridad de nuestras palabras, seguidnos y vereis que tenemos amarrado á vuestro raptor para ser conducido á presencia de nuestro jefe.

Guadalcinla obedeció, llevando en sus brazos á su hijo.

Al salir de la cueva, al ver que nada tenia que temer de Juan de Villafranca, antes de que pudieran evitarlo los soldados, echó á correr, perdiéndose en la espesura del bosque.

Respetando su dolor, y atribuyendo aquella determinacion al terror que se pintaba en su semblante, no trataron de buscarla, y regresaron con el prisionero al cuartel general de Cortés.

Juan de Villafranca no desplegó los labios durante el camino.



Comprendía el castigo que merecía su conducta, y un cruel remordimiento se apoderó de su corazón.

Al hallarse en presencia del caudillo de los españoles, le dijo este:

Muy bien, señor Villafranca; en tanto que yo, al frente de vuestros compañeros combatía á los mejicanos y alcanzaba inmarcesible victoria; vos, deshonrando la nacion donde habeis nacido, desertábais cobardemente de las filas, y añadíais á este baldon la ignominia de entregaros á criminales aventuras.

Llamando enseguida á sus capitanes, y despues de referirles los atentados que habia cometido Juan de Villafranca:

—Esto es lo que hago yo con los que así se olvidan de lo que se deben á sí propios.

Y arrancándole las insignias de mando, ordenó que le condujeran á una azotea entanto que se extendia la sumaria.

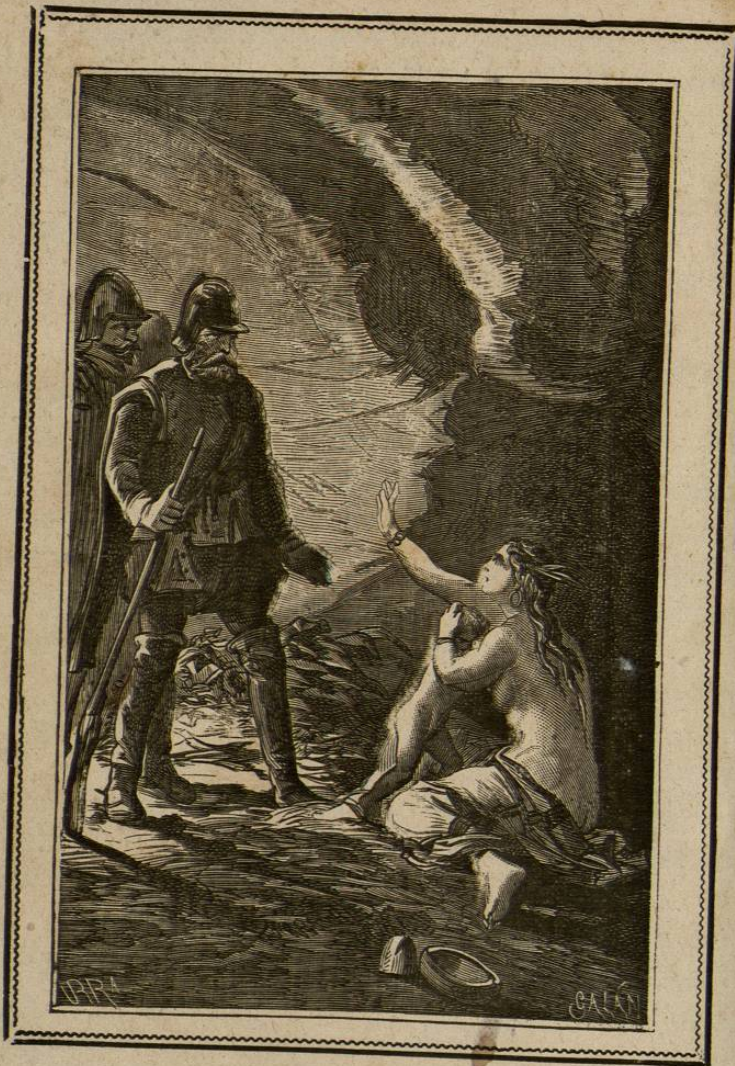
Con terrible brevedad se terminaron las actuaciones.

El reo estaba convicto y confeso.

Sus delitos eran los de desercion en tiempo de guerra, allanamiento de morada, rapto y seduccion con violencia y en despoblado.

La sentencia, como es natural, tenia que ser la de muerte deshonrosa.

Fué condenado á ser ahorcado en la plaza pública, y á su ejecucion asistieron, además de todos los habitantes de la poblacion, las tropas del caudillo.



HERNAN CORTÉS.—Nada teneis que temer; venimos á salvaros de las garras de vuestro tirano seductor.



Cuando el encargado de cumplir esta triste misión terminó su cometido, Hernan Cortés dijo á los aterrados espectadores:

—Que esta sea la última vez que tenga que descargar el brazo de la ley sobre mis compatriotas; que el castigo de este desgraciado sirva de ejemplo para no entregarse á criminales desórdenes.

Un instante despues se enterraba al desventurado Juan de Villafranca, y todos se retiraron consternados por el espectáculo que habia tenido lugar.

Prosigamos el curso de nuestra historia.

---

## Capítulo IX.

---

Donde el lector asiste á la conquista de Tochtepec y Cozacacoalco.

Aunque, como nuestros lectores saben, la mayor parte de las provincias tributarias de Méjico enviaron embajadores á Cortés despues de la toma de la ciudad para jurarle fidelidad y obediencia, habia, sin embargo, algunas que continuaban hostilizando á los españoles.

Eran estas algunas de las situadas en la costa.

Los habitantes de Huatuxco y Tochtepec habian asesinado á algunos de los soldados de Cortés, que recorrian el territorio descubriendo minas, y el ilustre caudillo comisionó para castigarlos á Gonzalo de Sandoval.

Salió, pues, de Culuacan á fines de Octubre con



doscientos españoles de á pié treinta y cinco de á caballo y bastantes indios aliados.

Componian tambien parte de la expedicion algunos personajes mejicanos, que habian manifestado deseos de auxiliarle en su empresa, como una prueba de su adhesion al ilustre conquistador.

Emprendieron la marcha, y algunos dias despues llegaron á Huatuxco.

Sus habitantes opusieron al principio una tenaz resistencia; pero al ver la mortandad que les causaban las armas de fuego y el destrozo que hacian los caballos, se rindieron apenas comenzó la batalla.

La noticia de esta nueva victoria alcanzada por los españoles cundió con rapidez por las aldeas vecinas; y todos se apresuraron á mostrarse obedientes y sumisos á los vencedores.

Despues de detenerse allí tres dias Sandoval, para que descansase su ejército, tomó posesion de la ciudad de Tochtepec, distante unas ciento veinte leguas de Méjico.

Habia prometido á Cortés poner el nombre de su país natal á la primera poblacion que conquistase, y por esta razon llamó Medellín á aquella ciudad.

Desde Tochtepec fué Sandoval á Cozacocalco.

Creia que allí nada tendria que temer, porque recordaba que sus habitantes habian ofrecido ser amigos de los españoles cuando Diego de Ordaz fué allí en vida del emperador Motezuma.

Pero desgraciadamente tuvo ocasion bien pronto de convencerse de lo equivocado de su creencia.

Con la mayor frialdad acogieron su llegada, y á sus cariñosas frases respondieron de una manera que estaba muy distante de ser amable.

—Vengo,—les dijo,—á visitaros de]parte de mi ilustre jefe Hernan Cortés, y á ofreceros al mismo tiempo mis servicios, por si de ellos habeis de menester.

—Podiais haber excusado vuestro viaje. Esa amistad que nos ofreceis no tiene valor alguno para nosotros. Respeto á las ofertas que nos haceis, podeis estar seguros de que si algo necesitáramos, no habiamos de pedirlo á vosotros. Así pues, volveos cuanto antes, porque vuestra presencia aquí es inútil.

—Siento que tan mal correspondais á nuestro afecto, y me es tanto más doloroso, porque no quisiera que se reprodujeran escenas como las que hace poco han tenido lugar en Méjico.

—Haced lo que gustéis.

—Pensad que esa arrogancia puede ser causa de vuestra ruina.

—No nos intimidan vuestras amenazas.

—Os suplico por última vez que no desprecieis la amistad con que os brindamos.

—Basta ya,—dijo encolerizado uno de los que asistian á aquella entrevista.—Si no os retirais inmediatamente, caeremos sobre vosotros y no dejaremos uno con vida.

Sandoval se despidió, meditando la resolucion que debia tomar.

Le dolia emprender una nueva campaña; pero



viendo que no le quedaba otro remedio, se preparó para la lucha.

Salteó de noche un lugar, y al amanecer era dueño de Cozacoalco y de toda la parte de la ribera.

Una vez dominada la ciudad, se dirigió á la villa del Espíritu Santo, distante cuatro leguas, donde estableció sus reales.

Atrajo á su amistad á Quechollan, Cinatlan, Quezaltepec y Tabasco.

Por este mismo tiempo se conquistó Huaxacac, con mucha parte de la provincia de Mixtecapan, porque frecuentemente hostilizaban á los de Tepeaca y á sus aliados.

Hubo tres encuentros, en los que murió mucha gente; pero á pesar de su resistencia, quedaron los españoles dueños de aquel territorio.

Sabia Cortés, por las noticias que en otro tiempo le habia dado Motezuma, que la parte del Sur, y hácia la costa de Nueva España, habia algunas islas, en las que abundaba el oro, las piedras finas, perlas, especias y otros productos de valor.

Con este objeto envió cuatro españoles para explorar la actitud en que se hallaban los habitantes de aquella parte, y se dirigieron á Tecoantepec, Zacotullan y otros pueblos.

Manifestaron á los naturales el objeto de su embajada, y fueron acogidos benévolamente.

Pidieron oro y perlas para enseñárselas á su jefe, y, no sólo accedieron á esta petición, sino que se brindaron á acompañarles á su regreso.

Cuando llegaron á presencia de Cortés, el ilustre caudillo les agasajó espléndidamente; y al despedirse de él les dió un magnífico presente para que le llevasen á su soberano.

Le agradecieron infinito aquellas pruebas de amistad, y tornaron á su ciudad natal.

Algunos dias despues recibió Hernan Cortés otro magnífico presente que el señor de Tecoantepec le enviaba.

Consistia en ropas de algodón, plumas y armas.

Ofrecia su amistad y persona, y acataba como soberano al monarca de España, el emperador Carlos V.

Mucho se alegró Cortés de aquella leal adhesion, y deseó sinceramente el momento de corresponder á su generoso afecto.

No tardó en presentarse la ocasion que anhelaba.

El señor de Tecoantepec envió emisarios pidiendo auxilios contra los de Tutupec.

Se habian rebelado contra él, alegando que era traidor á su patria, toda vez que favorecia á los cristianos para que se apoderasen de la costa y puertos del Sur.

—Decid á vuestro señor,—dijo Cortés á los emisarios,—que pronto acudirán en su auxilio las fuerzas de mi mando: y aseguradle que los de Tutupec sufrirán el castigo que merecen los que se atreven á hostilizar á mis aliados.

Envió, pues, á Alvarado con doscientos españoles y cuarenta de á caballo, y dos piezas de montaña.



Fué por Huaxacac, que ya estaba pacificada; pero tardó un mes en llegar á Tutupec, porque en algunos pueblos halló resistencia, aunque no perseverancia.

El cacique de aquella provincia le recibió con las mayores muestras de amistad, y se esforzó en agasajarle, ofreciéndole cómodo alojamiento en las mejores casas de la ciudad.

Quería ocultar con tal benévola acogida un proyecto siniestro que habia concebido.

—Los españoles,—se habia dicho,—son invencibles. Tratar de luchar con ellos seria una temeridad. Someterme á su yugo una ignominia. Es preciso apelar á la astucia, ya que la fuerza seria estéril para conservar mi independendencia. Les obsequiaré espléndidamente, me anticiparé á sus menores deseos, y cuando se retiren á descansar, cuando cedan al cansancio y el sueño se haya apoderado de ellos por completo, quemaré las casas que les sirvan de alojamiento, y perecerán todos.

Pero Alvarado, ó sospechó las siniestras intenciones del cacique, ó le anunciaron el peligro que corria.

Lo cierto es que á las reiteradas instancias del cacique para que se alojase en la ciudad, se excusó diciendo que no era un propósito aquel sitio para los caballos, y fijó su cuartel en un valle próximo á la ciudad.

Alvarado hizo prender al cacique y á un hijo suyo, y exigió y obtuvo por su rescate veinticinco mil castellanos de oro.

Se reunió con facilidad esta importante suma porque en aquel territorio abundan las minas y las perlas.

Dueño el valiente capitán de Tututepec, la puso por nombre Segura, y mandó ir á poblarla á los vecinos de la otra Segura de la Frontera, que ya no tenían enemigos.

Una vez allí, les encomendó las provincias de Coatzlanac, Taehquianco y otras, con cédula de Cortés.